

Alfonso XIII

Recuerdos y lecciones

Por José M.^a GIL ROBLES

NUNCA vi a Alfonso XIII en Palacio. Jamás le hablé mientras ejerció el poder real. Le observé relativamente cerca cuando formaba en las tropas que cubrieron la carrera del entierro de Dato. Y le contemplé detrás del féretro, solo, bien distante de la presidencia oficial, desafiando el peligro, como lo desafió el 13 de abril de 1913, cuando, a sabiendas de que se preparaba el atentado que llevó a cabo finalmente Sancho Alegre, quiso desfilarse a caballo, por las calles de Madrid, sin protección y sin escolta con orden terminante a sus ayudantes de que no le sigieran a menos de cincuenta metros de distancia.

Esos recuerdos inspiraron mi pluma al colaborar en la redacción de los artículos que, al día siguiente al de su salida del Alcázar madrileño dedicó «El Debate» al *Rey caballero*.

A partir de entonces, me incorporé a las fuerzas políticas que se organizaron para actuar de completa buena fe y sin el menor propósito conspiratorio, dentro de la República. Era el mismo pensamiento del monarca que se encaminaba al destierro, y que en una última parada del automóvil entre Murcia y Cartagena dijo al almirante Rivera que le acompañaba: «Cuanto os quedáis aquí debéis actuar dentro del nuevo régimen, yo os lo aconsejo». Y dirigiéndose al teniente coronel Urquiano, añadió: «Vosotros, mis Ayudantes, seguid en activo; ayudad para que España no se hunda».

Después de ser diputado apoyé la defensa del monarca exiliado que hizo el conde de Romanones, al explicar mi voto en la sesión de las Cortes Constituyentes de 19 de noviembre de 1931 en que Alfonso XIII fue declarado «culpable de alta traición». La tempestad que provocó mi intervención llegó hasta el límite de la agresión personal.

Siendo ya presidente de la Confederación Española de Derechas Autónomas, me entrevisté reservadamente con el Rey a petición suya en Pa-



«Alfonso XIII —escribió don José María Gil-Robles en este artículo— se magnificó ante el dolor al anteponer siempre la idea de la Patria en todos sus actos desde el 12 al 14 de abril.»

ris en junio de 1933. No he de repetir aquí la narración que en otro lugar tengo hecha. Pero no quiero dejar de recordar su actitud de sacrificado patriotismo en abierto contraste con sus impacientes partidarios, que le empujaban a la ruptura con las fuerzas derechistas agrupadas en la CEDA. A mi anuncio terminante de que pensaba gobernar lealmente con la República para servir a España, aunque ello fuera a costa de la restauración de la Monarquía, me contestó con honda emoción, después de pronosticarme el calvario que me esperaba: «Tienes obligación de hacerlo. Si triunfas en el empeño, yo seré el primer republicano». En aquella ocasión —permítaseme este significativo paréntesis— le di el título de Majestad. Lo que no hizo el general Franco, su antiguo gentilhomme, ya desde la primera carta que le dirigió a Roma en diciembre de 1937. «No te la enseño —le dijo el Monarca a Eugenio Vegas Latapié— por no entristecerte.»

La actitud del Rey, que implicaba una lección de sana política, no fue seguida por grandes sectores de las clases derechistas, que no comprendieron que el ejercicio de la democracia, sobre todo en un país como España que prácticamente no la ha conocido en siglo y medio de vida constitucional, requiere un esfuerzo continuado y generoso, que ni se exalte con el triunfo circunstancial que impulse a intentar destruir al adversario, ni se amilane con los inevitables contratiempos que empujan al abandono. Si algo es común en España a las derechas y a las izquierdas, es la falta de respeto, en la teoría y en la práctica, a lo que es la esencia de una verdadera democracia.

Alfonso XIII comprendió esa verdad y fue fiel a ella en la etapa más dolorosa de su vida. Y murió en el destierro, igual que, pronto o tarde, mientras la mentalidad española no cambie, vivirán en el exilio o acabarán en el olvido cuantos sean fieles al ideal democrático: acatar la voluntad del pueblo aunque de momento sea injusta con tal de evitar derramamiento de sangre; procurar encauzarla con espíritu perseverante en una labor abnegada de educación ciudadana; y brindarle siempre el ejemplo del sacrificio por el bien común, aunque exija la indiferencia desdeñosa ante la mentira y la calumnia, la aceptación de la versatilidad de la opinión



A los tres días de la proclamación de la II República, el Rey Alfonso XIII desembarca en el puerto de Marsella. Comienza el exilio.

que olvida tan fácilmente y la resignación ante la injusticia que sólo se repara después de la muerte.

Ante el regreso a España del cadáver de Alfonso XIII, de acuerdo con su deseo de reposar en el Panteón de El Escorial, mi recuerdo, desprovisto de todo matiz cortesano, se remonta a través del tiempo, a aquellos momentos dramáticos en que las turbas

ocupaban vociferantes las calles de Madrid. ¿Hizo bien el Rey al abandonar el trono el 14 de abril? Las opiniones son muy contradictorias, del mismo modo que el planteamiento de la pregunta resulta incorrecto, referido al momento concreto de la renuncia al ejercicio de sus funciones soberanas.

Jesús Pabón se ha preguntado: ¿Qué ocurrió antes para

que eso sucediese? Múltiples factores concurren en el hecho de la proclamación de la República, y no es el de menor trascendencia el desánimo y el desaliento del monarca, que él mismo no ocultó cuando ocurrió el fallecimiento de la Reina Madre. En realidad puede considerarse anterior. Su motivación podría tal vez encontrarse en circunstancias familiares estrachamente ligadas con las dudas acerca de la perduración de la dinastía. Pero, además, hay que considerar el factor histórico.

En un orden político se tiene la sensación de que todo se preparó para desembocar en el triste desenlace. Hubo una imprevisión inconcebible en la convocatoria de las elecciones municipales, a las que desde el primer momento se dio una significación plebiscitaria. El Rey fue el primero en reconocer ese carácter y aceptar su significado. En su resultado no podía menos de verse, por encima de los votos y del número de concejales elegidos, las consecuencias del enfrentamiento de las veleidades autoritarias del monarca con la expresión de una voluntad popular exaltada. Wiston Churchill ha afirmado que Alfonso XIII no fue un monarca constitucional en el sentido «británico» de la palabra. Pero, en cambio, supo siempre detectar y seguir y, cuando lo creyó conveniente encauzar las auténticas corrientes de la opinión popular, como ha dicho con gran razón Carlos Seco. En abril de 1931 el Rey sabe conjugar una indudable corriente de opinión adversa con una manifestación más o menos democrática de la misma. Y decide salir de España para demostrar que es más democrata que quienes le expulsan.

Además, como Rey, Alfonso XIII no podía hacer otra cosa. Para mí resulta tan reveladora como justificativa la opinión adversa y algo despectiva de Franco acerca de esta actitud. Franco jamás pudo comprender la decisión de Alfonso XIII; y no lo comprendió precisamente porque el dictador no era rey. Vale la pena recordar a este propósito una anécdota llena de profundo significado.

Luis Napoleón Bonaparte, elegido Presidente de la República Francesa, dio el golpe de Estado el 2 de diciembre de 1851, quebrando implacablemente la resistencia de los barrios rebeldes de París, que tomó por asalto con el



En el entierro de Dato, S. M. el Rey, aun a sabiendas de que se preparaba un atentado, quiso desfilarse a caballo por las calles madrileñas, sin protección ni escolta y con orden terminante a sus ayudantes de que no le siguieran a menos de 50 metros de distancia.

Ejército como se toma una plaza fuerte, derramando abundante sangre. El conde de Apponyi, diplomático húngaro, al felicitarle por el éxito obtenido, le dijo: «Si Luis Felipe o Carlos X hubieran hecho la mitad o la décima parte del golpe de Estado que usted acaba de dar, estarían todavía en el Poder». Luis Napoleón asintió: «Tiene usted razón; pero ni Carlos X ni Luis Felipe hubieran podido hacer lo que yo he hecho: *ils étaient rois*». Tenía plena razón. Aquellos eran reyes. El —el sobrino de Napoleón Bonaparte— no lo era.

Un rey no pueda sostenerse en el poder cuando le falta el respaldo del pueblo, aunque cuenta con el apoyo de las fuerzas armadas. Si lo hiciera perdería las características esenciales de la realeza.

El proceso que determinó la caída de Alfonso XIII es rico en enseñanzas, con plena vigencia el día de hoy. La Monarquía se basa en dos

fundamentos inmovibles: la legitimidad histórica y la legitimación popular que es la identificación con el pueblo. La base de la Monarquía no puede en ningún caso ser el Ejército, sino la adhesión popular. Alfonso XIII era un soldado por su educación y por su temperamento. A lo largo de su reinado se sintió siempre vinculado a las fuerzas armadas. Pero en abril de 1931 no pudo contar con el Ejército para mantenerse en el trono. El único latido que en aquellos dramáticos momentos determinó su decisión fue el latido del pueblo. Se identificó así con la opinión popular que movida por impulsos pasionales se le mostró transitoriamente adversa. Aceptar su implícito mandato fue para él el modo de identificarse con España.

De ahí que el Rey, a quien pudo antes acusarse de ciertas actuaciones de frivolidad o ligereza —que casi todos sus ministros «responsables» no quisieron corregir o reme-

diar—, se exalte ante el dolor y la adversidad y resulte la figura más noble y más digna en todo el proceso de la caída de la Monarquía. Así lo atestiguan testigos presenciales de aquellos episodios, que no le eran entonces muy adictos, como el duque de Maura y Ventosa. Alfonso XIII se magnificó ante el dolor al anteponer siempre la idea de la Patria en todos sus actos desde el 12 al 14 de abril. Incluso en la madrugada del 16, al abandonar en Marsella el crucero «Príncipe Alfonso», para dar sus primeros pasos en el destierro, no pudo contener las lágrimas, disculpándose por ello ante el que fue su ministro de Marina: «Perdóneme, mi general, pero comprenda que ahora abandono lo que más quiero en el mundo».

Es de lamentar que, seguramente por razones de prudencia política que respeto, pero que no comparto, se haya impedido sacar una última lección del traslado de

los restos de Alfonso XIII a su definitiva morada: que el pueblo, superada la fiebre pasional provocada por propagandas demagógicas, pudiera mostrar su respeto y su cariño a quien se sacrificó incluso ante sus excesos.

La pérdida y el recobro de la popularidad por un rey o por su memoria, son meros episodios que hay que contemplar en la perspectiva de una institución que lo único que no tolera es la falta de respeto a sus propias características esenciales. Por encima de los vaivenes de coyunturas históricas, la Monarquía que sepa ser fiel a su legitimación popular —aunque sea tan endeble como la nacida en España de una democracia falseada— es la que tiene más posibilidades de arraigo.

¿Por qué se ha hecho perder a la generación presente la última lección del sacrificio de la generación pasada?